



LA SERENIDAD EN EL HOGAR

POR FRANCISCA BOHIGAS.

Es joven, hace cuatro años que se casó, tiene dos hijos: Carmen y Gonzalo. Su marido, Enrique, es un hombre trabajador, pero algo amargado. Ha luchado mucho durante su existencia y no ha conseguido liberarse del residuo que los contratiempos, las desilusiones, las ingratitudes, van depositando en el corazón humano. Y emergen con demasiada frecuencia emanaciones de esta desazón que no le permite vivir todo lo feliz que podría ser, un marido comprendido por su esposa y adorado por sus hijos. Menos mal que Andrea es muy comprensiva.

Enrique lleva una temporada de grandes contrariedades, de fracasos económicos, de choques violentos con sus colaboradores, y como es natural, llega a su casa de malhumor, desazonado, apesadumbrado... Un día y otro día... Un mes y otro mes... Hace más de un año que ha perdido su aplomo... Andrea se devana los sesos por adivinar el motivo, sin acertar a dar con él.

Es domingo, y como de costumbre, toda la familia visita a los abuelos. Allí se reúnen todos los hermanos de Enrique con sus mujeres e hijos. Los primos juegan alborozados. Las nueras cambian impresiones acerca de los hijos, de los trajes, de las películas recién estrenadas...; pero ninguna se atreve a meterse en los negocios. Les parece una zona vidriosa, que es preferible soslayar...

Los padres de Enrique tienen la costumbre de sentar en su mesa a merendar a todos sus hijos, nueras y nietos los domingos, y siempre habían pasado un rato delicioso amenizado por las risotadas y ocurrencias de los nietos y las actualidades que referían los padres. La última corrida de toros, el partido de fútbol mejor de la semana, la película más interesante, el traje más bonito, el sombrero más llamativo... Una especie de *revista radiada*, que entretenía extraordinariamente a los abuelos. Y tan contentos y